



**Palabras del Dr. Cipriano Sánchez García, L.C., Rector de la
Universidad Anáhuac México, en Ceremonia de Entrega de
Premios a la Excelencia Académica.**

12 de marzo de 2024.

Rectoría Universidad Anáhuac Sur.

Si pensamos en las últimas dos guerras mundiales, debería reconfortarnos observar cómo nuestros actuales padecimientos son pequeños en comparación con aquellos. Nuestros pueblos están muy poco habituados a las privaciones, por modestas que sean, o a la incómoda perspectiva de tener cada año menos cosas en lugar de más. Por eso necesitamos un liderazgo inspirador, capaz de insuflar esperanza a los jóvenes, que tendrán mucho que soportar y, especialmente, grandes esperanzas frustradas.

Esto lo afirmaba Max Hastings, un eminente historiador con más de 25 títulos entre los que destacan La guerra de Churchill, donde repasa de forma pormenorizada la gestión del premier británico durante la contienda, o La guerra de Vietnam, que atribuye la derrota de Estados Unidos al descontrol del relato y a la incompetencia de sus políticos.

Cada uno de ustedes es alguien que ha entregado mucho para lograr la excelencia en nuestra Universidad. Pero no podemos ver solamente lo que hemos alcanzado como un motivo de orgullo. Tenemos que darnos cuenta de que detrás de todo lo que hemos logrado hay también muchos motivos de gratitud. Su excelencia, su ser jóvenes excelentes, no es solo un orgullo, es también un regalo. Un regalo que tiene varias raíces; una de las raíces son sus padres, otra de las raíces son sus formadores y por supuesto que una importante raíz es Dios. Por eso, ser joven de excelencia es una gracia, un don que podemos malgastar inútilmente, o bien podemos recibirlo agradecidos y vivirlo con plenitud. Por eso cuando pensamos en nuestra excelencia, no solo la tenemos que considerar como un trofeo más que colocar en un estante de nuestra habitación, sino que tenemos que verlo como un modo de ser, una fuente de bien, de verdad, de valor para nuestro mundo. Tu excelencia es una alegría, un canto de esperanza y un multiplicador de felicidad en nuestro entorno.

De este modo, el haber alcanzado una meta tan valiosa no se puede considerar como una etapa de paso nada más en los escalones que me llevan hacia la recepción de un título, sino como uno de los momentos valiosos del cofre de mi existencia. Porque ser excelente en la Anáhuac es levantarse sobre uno mismo para asumir con más responsabilidad mis compromisos, mis responsabilidades, mis valores, mi misma juventud. Como dijo un grupo de expertos sobre juventud hace unos años: “La juventud, fase del desarrollo de la personalidad, está marcada por sueños que van tomando cuerpo, por relaciones que adquieren cada vez más consistencia y equilibrio, por intentos y experimentaciones, por elecciones que construyen gradualmente un

proyecto de vida. En este periodo de la vida, los jóvenes están llamados a proyectarse hacia adelante sin cortar sus raíces, a construir autonomía, pero no en solitario”.

Por eso es tan importante el reconocimiento de excelencia que hoy reciben, porque es un tejer con valor el resto de su vida de cara a sus ideales. Los ideales, los valores que les dan referencia a su vida, las certezas de su corazón, su capacidad de amar y de hacer cosas grandes son los dinamismos que los promueven, los estimulan, los lanzan a una vida mejor y más bella. En el fondo, ser excelente no es ser nerd, ser excelente es ser inquieto, ser un buscador desde el corazón, ser alguien que no se priva de soñar ni se permite achicar sus horizontes.

La inquietud que empuja a la excelencia tiene siempre un elemento de luz. Así lo expresaba el papa Francisco: “La inquietud insatisfecha, junto con el asombro por lo nuevo que se presenta en el horizonte, abre paso a la osadía que los mueve a asumirse a sí mismos, a volverse responsables de una misión. Esta sana inquietud que se despierta especialmente en la juventud sigue siendo la característica de cualquier corazón que se mantiene joven, disponible, abierto. La verdadera paz interior convive con esa insatisfacción profunda. San Agustín decía: ‘Señor, nos creaste para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en ti’”.

¿Hacia dónde nos tiene que llevar esta inquietud? Nos tiene que llevar a convertirnos en hombres y mujeres que con una clara opción ética muestran la valentía para enfrentar dificultades y, al mismo tiempo, brindar esperanza de un futuro más brillante al final del túnel. Un impulso hacia la excelencia que

sabe entretenerse con una sana humildad que permite corregir la arrogancia que a veces acecha al ser humano y que reconoce que el vasto y complejo juego de los asuntos humanos no se puede resolver desde el individualismo elitista, sino desde el compromiso solidario en busca de algo mejor.

Hoy reciben el reconocimiento a su excelencia personal, que esto les haga optar siempre por la búsqueda constante de respuestas donde encontrar la verdadera paz interior. La excelencia no radica en la complacencia, sino en el constante cuestionamiento hacia la verdad y el bien; la determinación de explorar nuevos horizontes y la voluntad de abrazar la responsabilidad de nuestro propósito deben ser los faros que los guíen en un camino donde el ser grandes líderes y mejores personas es la forma en la que llevamos a cabo nuestro propósito de vencer al mal con el bien.

--ooOoo--